

está fuera de lugar, porque entorpece la acción y no aporta nada nuevo a la misma. Cf. el canto XII, donde ambos bandos, griegos y troyanos, pelean obstinadamente en torno al muro que han levantado los primeros en defensa de sus naves. En un momento dado, el poeta nos dice que las dos partes se arrojan piedras, que vuelan en gran número de un lado y otro. Pues bien, el oyente o lector se siente contrariado cuando, en medio del fragor del combate, Homero introduce un largo símil de nueve versos (278-86), comparando esas piedras que vuelan de un lado a otro con copos de nieve: en este punto, el símil se nos antoja un estorbo. Por eso, uno se pregunta si los aedos y rapsodos (especie de juglares unos y otros) recitarían los símiles, o si estos serían aceptados e introducidos únicamente en la Redacción escrita del poema. Por ello, dice Dalby (*La reinvencción de Homero*, p. 108):

Probablemente, en las típicas actuaciones orales de épica griega no se empleaban imágenes [= símiles] tan elaboradas [en referencia a la comparación de Ulises desnudo, aproximándose a unas doncellas feacias de hermosos cabellos, como el león que camina hambriento en media de la lluvia en busca de bueyes u ovejas, que aparece en *Odisea* VI 130-6]: componerlas requiere tiempo y una cuidadosa reflexión. Tiempo y reflexión no son recursos que estén precisamente al alcance del poeta oral, pero *si tuvieron que estarlo cuando se compusieron los dos poemas* [el subr. es nuestro].

De ahí que, aunque algunos, desde la Antigüedad hasta el presente, consideren que la presencia de los símiles sir-

ve para restar monotonía a la narración (o recitado), nosotros nos inclinemos a considerar que, si suprimiésemos los símiles, probablemente nada pasaría: con las digresiones y fábulas que se introducen en el texto bastaría para evitar esa monotonía. Estos pequeños cuadros, que nos recuerdan los apólogos de Esopo, tienen, como hemos señalado, origen en la bien representada fábula griega, y, por otra parte, presumiblemente, poseen una finalidad didáctica.

BIBLIOGRAFÍA

- BOWRA, C. M.: *Tradition and Design in the Iliad*. Oxford: 1930.
 DALBY, A.: *La reinvencción de Homero*. Madrid: 2008.
 EDWARDS, Mark: *The Iliad. A Commentary*. Cambridge: 1991.
 HEUBECK, Alfred: *Die homerische Frage*. Darmstadt: 1974.
 KIRK, G.: *The Iliad. A Commentary*. Cambridge: 1985.
 LATA CZ, Joachim (ed.): *Homer. Tradition und Neuerung*. Darmstadt: 1979.
 REICHEL, Michael-Rengakos, Antonios (eds.): *Épea Pteróenta, Beiträge zur Homerforschung*. Stuttgart: 2002.
 SEGURA RAMOS, B.: «El símil de la épica», *Emerita* 50, 1982, pp. 175-97.

Añádanse a esta lista dos obras fundamentales para el estudio de los símiles:

- FRÄNKEL, Hermann: *Die homerischen Gleichnisse* [«Los símiles homéricos»]. Gotinga: 1921.
 MOULTON, C.: *Símiles in the Homeric Poems* [«Los símiles en los poemas homéricos»]. Gotinga: 1977.



FILOSOFÍA


LA SOCIEDAD DE LAS FURIAS. FILOSOFÍA DE HOY: BYUNG-CHUL HAN

Por

ISABEL AÍSA

Profesora titular de la Facultad de Filosofía de la Universidad de Sevilla

PRESENTACIÓN

upe de la existencia del filósofo Byung-Chul Han (Seúl, 1959) por una entrevista y un artículo, que lo tenían como protagonista, publicados en el número 1165 de *Babelia*, suplemento cultural de *El País* del 22 de marzo de 2014. En aquella y en este le dedican frases como: «nueva estrella de la filosofía alemana», «el sucesor de Sloterdijk se ha convertido en un referente del pensamiento mundial», «Han está en la estela de la mejor filosofía occidental del presente». Obviamente, un encuentro acompañado por tales consideraciones sólo podía despertar interés.

El hecho de que Han, un oriental, discorra sobre la crisis de Occidente, y de que su tesis tuviera al filósofo Heidegger como tema, refuerza todavía dicho interés. Efectivamente, Occidente atraviesa una nueva decadencia, y la crítica mirada de un oriental podría ayudar a esclarecerla. Mucho más, si en su formación filosófica está presente el que fuera uno de los más grandes críticos de la deriva del pensamiento moderno: Martin Heidegger.

Byung-Chul Han estudió metalurgia en Corea del Sur, pero su vocación era la literatura, por lo que en la década de 1980 viajó a Alemania con la intención de realizar su vocación. Las dificultades con el idioma le llevaron a la filosofía —que permitía una lectura más lenta—, y en 1994 obtuvo el Doctorado por la Universidad de Friburgo. Actualmente es profesor de Filosofía y Estudios culturales en la Universidad de las Artes de Berlín.

En la entrevista, realizada por Francesc Arroyo, Han declara su intención de investigar los problemas que padece el hombre de nuestro tiempo: la hiperactividad o la depresión —patologías actuales— no serían más que consecuencias de la interiorización de una autoexigencia esclavizante, a la que los humanos hemos arribado. El cansancio habría sustituido a la alienación, porque hoy el individuo asume los papeles de amo y siervo a la vez. Nadie le obliga desde fuera, sino que él mismo persigue el rendimiento y el éxito como bienes irrenunciables. La soledad, otra de nuestras plagas, sería una consecuencia más, reforzada por las redes sociales.



EL GRITO DE EDWARD MUNCH (1863-1944). MUSEO DE BELLAS ARTES DE OSLO (NORUEGA).
«LA SOCIEDAD DE RENDIMIENTO [...] PRODUCE DEPRESIVOS Y FRACASADOS» (HAN, *LA SOCIEDAD DEL CANSANCIO*, p. 27).

EXPOSICIÓN

1. Cansancio

La sociedad del siglo XXI ya no es disciplinaria,
sino una sociedad de rendimiento
(Byung-Chul Han, p. 25).

La mercancía y el espectáculo estarían detrás, según Han, de nuestras demandas de transparencia, las cuales proceden de una sociedad de consumidores y espectadores, no de una sociedad verdaderamente política. El *aparecer*, en lugar del *ser*, es lo que sobre todo importa en esta sociedad, saturada de información pero no de *verdadero saber*, el cual exige una lentitud, hoy prácticamente desaparecida.

El panorama de la sociedad occidental que dibuja Byung-Chul Han es claramente de profunda decadencia. Otros ya lo han mostrado de manera muy similar desde campos tan diferentes como la economía (José Luis Sampedro), la arquitectura (Juhani Pallasmaa) o la política (Tony Judt). Por ejemplo, en Han reconocemos sin dificultad el olvido del «no hacer nada» sobre el que escribe Sampedro, el descuido de la «lentitud y silencio» necesarios según Pallasmaa, o el «estilo egoísta y materialista» de la vida contemporánea del que escribiera Judt en *Algo va mal*.

De su obra, se han traducido al castellano cuatro libros: *La sociedad del cansancio* (2012), *La sociedad de la transparencia* (2013), *La agonía del Eros* (2014) y *En el enjambre* (2014). Constituyen breves ensayos, que oscilan entre las setenta y las cien páginas, de temática social y crítica, como reflejan los títulos. Han procede en ellos con una metodología que podríamos considerar fundamentalmente fenomenológica, es decir, descriptiva, y su estilo es claramente divulgativo, muy alejado de la terminología técnica, por lo que su lectura resulta asequible y amena. Se aprecia la unidad existente entre las cuatro obras; en cada título encontramos elementos temáticos de los demás, que muestran el fondo único que sostiene al conjunto, antes de su división analítica. Nos parece un acierto.

La sociedad del cansancio (*Die Müdigkeitsgesellschaft*, 2010), fue la primera traducción al castellano de la obra de Han. El éxito alcanzado por el libro, traducido a varios idiomas, ha hecho de él un *best seller*, algo inusual en el campo filosófico, pero entendible en este caso, dadas las características indicadas en la Presentación.

El asunto central del ensayo consiste en la distinción entre la «sociedad disciplinaria», de la que tratara el filósofo Foucault, y la «sociedad de rendimiento», que es la nuestra, según Han. Aquella está definida por la negatividad, la prohibición, el deber, el «no poder», en tanto que esta se caracteriza por la falta de negatividad, el exceso de positividad y, por consiguiente, el «poder». Cada una de ellas produce sus propias enfermedades; en la sociedad del siglo XXI, las patologías son «neuronales» y no virales, son enfermedades tales como la depresión o el déficit de atención con hiperactividad. Esto significa que el «enemigo» ya no es lo extraño, sino lo «idéntico». Hoy, un sujeto saturado de positividad –superinformación, supercomunicación, superproducción, incluso superalimentación– es su propio enemigo, porque la saturación le conduce al colapso. Paradójicamente, la sustitución de un dominador externo por otro interno no le hace libre, sino coactivamente libre.

La sociedad de rendimiento es regresiva, afirma Han. La atención se dispersa, la lentitud que requiere pensar, por ejemplo, cede ante tareas variadas y de rápida realización. Perdemos soberanía y, en definitiva, calidad de vida. Como afirma lúcidamente el autor: «La pura agitación no genera nada nuevo» (p. 35).

En los capítulos finales, Han apunta soluciones: la contemplación, decir NO y el buen cansancio. Con Nietzsche, reivindica la contemplación como «más activa que cualquier hiperactividad» (p. 54). También, el poder decir No, unido a la contemplación porque la hace posible. Finalmente, se refiere al buen cansancio, sobre el que escribe Peter Handke (*Ensayo sobre el cansancio*), en el cual el Yo decrece y el Mundo aumenta: un cansancio que sabe discernir entre lo importante y lo accesorio, que da respiro y sosiego.

2. Pornografía

No es casual que la actual sociedad de la transparencia sea a la vez una sociedad de la pornografía (Byung-Chul Han, p. 36).

En *La sociedad de la transparencia* (*Transparenzgesellschaft*, 2012), Byung-Chul Han centra su atención en uno de los términos más nombrados hoy en la esfera política. A los poderes públicos se les exige transparencia e, incluso, ellos mismos la ofrecen en sus campañas. La causa de esta moda tiene que ver con la corrupción, la cual alcanza en la actualidad un nivel prácticamente sistémico. De otra manera: la ética ha entrado en bancarrota y la transparencia vendría a sustituirla.

La hondura del ensayo de Han consiste en desenmascarar un término y una actitud tan apreciados, y mostrar la transparencia como mera parte de un todo nada tranquilizador: la sociedad de rendimiento. En esta, ella sería el Gran Hermano, cuya lente alcanza todas las esferas –no sólo la política– y a todos los individuos. Así se haría posible el engorde de la información (superinformación), de la comunicación (supercomunicación) y, en definitiva, del mercado. Fácilmente se advierte la contribución al respecto de la revolución digital. Por consiguiente, las demandas de transparencia sólo aparentemente significarían un verdadero interés y madurez política; en el fondo responderían a una exigencia generalizada, que también es dirigida hacia uno mismo de forma coactivamente libre y en diversas medidas y maneras.

En la sociedad de la transparencia hay coacción, uniformidad y adelgazamiento de la teoría auténtica. La transparencia simplificaría, eliminaría lo oculto, que exige interpretación, narración, demora y sentido del límite. Frente a lo oculto, lo misterioso y lo inaccesible, impone la exhibición, lo calculable y lo posible. Permite pasar rápidamente de una transparencia a otra y, con ello, rentabilizar, optimizar, incrementar, amontonar. Dificulta la libertad (decir No), la selección (el discernimiento) y la contemplación (la acción de pensar). Es una sociedad pornográfica, en la que hemos interiorizado la necesidad de exhibición y difuminado las fronteras entre lo privado y lo público: «Todo está vuelto hacia fuera, descubierto, despojado, desvestido y expuesto» (p. 29).

En conclusión, la exigencia de transparencia no respondería a un imperativo moral, sino a un imperativo económico, que optimiza pero sólo en un sentido acumulativo, de espíritu meramente comercial; es decir, sin *espíritu*.

3. Narcisismo

El amor, en la medida en que hoy no significa sino necesidad, satisfacción y placer, es incompatible con la sustracción y la demora del otro (Byung-Chul Han, p. 29).

La agonía del Eros (*Agonie des Eros*, 2012) toma en consideración los temas del cansancio y de la pornografía, pero girados hacia el Eros, que es el asunto central de este libro. El ensayo comienza con un detenido comentario de la película de Lars von Trier *Melancholia*, en la que, según Han, el Eros vence a la depresión, es decir, al narcisismo, que estaría en el centro mismo de aquélla. El capítulo final contempla otra de las constantes en Byung-Chul Han: «El final de la teoría». En él se advierte la influencia de Heidegger y su distinción entre

«pensamiento meditativo» y «pensamiento calculador». El final de la teoría sería el final del primero, debido al desmesurado crecimiento del segundo.

El principal enemigo del amor es «la erosión del otro» (p. 9) que, además de extenderse a todos los ámbitos, se da unida al narcisismo. Narciso –según relata el mito– está solo con su imagen, en tanto que el amor es compañía en alteridad, es decir, con un «otro»: «Todo es aplanado para convertirse en objeto de consumo» (p. 11). Lo que se consume se hace propio, se hace uno mismo; el Eros, sin embargo, no acontece sin alteridad, por lo que impide el ensimismamiento, ese en el que cae Narciso al contemplar su imagen en el agua.

La filosofía de hoy acostumbra a realizarse de forma interdisciplinaria. Han lo hace así y, como adelantábamos, dedica la mayor parte del primer capítulo del libro («Melancolía») a ejemplificar mediante la película de Lars von Trier, cómo el Eros vence al narcisismo. Otro ejemplo sería *Gigante* (1956), de George Stevens. El final de esta película significa un cierto resumen de la relación entre la pareja protagonista, y muestra de manera a la vez sencilla y poderosa la alteridad conatural al Eros. El marido –interpretado por Rock Hudson– le dice a la mujer –interpretada por Elisabeth Taylor– que aunque viviera más de cien años con ella no llegaría a comprenderla. Como escribe Han, «el poder de Eros implica una impotencia en la que yo, en lugar de afirmarme, me pierdo en el otro o para el otro, que me alienta de nuevo» (p. 41).

En la sociedad de rendimiento, el Eros –que está más allá del poder– agoniza, y con él la «vida buena», suplantada por la «mera vida». Aquí Han llega a ver incluso la crisis del arte y de la acción política, que comunicarían con el Eros a nivel profundo; entendemos que porque en él alcanzan la altura que sólo su aliento puede comunicarles.

4. Ruido

En un determinado punto, la información ya no es informativa, sino deformativa; la comunicación ya no es comunicativa, sino acumulativa (Byung-Chul Han, p. 89).

En el enjambre (*Im Schwarm*, 2013), está dedicado al mundo digital, interpretado por el autor como una masa ruidosa, movida desde dentro por un «psicopoder»; es decir, por un poder conocedor de los mecanismos inconscientes del individuo, los cuales utiliza para su propio beneficio. El medio digital nos tiene hechizados –«embriagados», escribe Han–, sin que nos percatemos de ello. Esa embriaguez desconocida ha ocasionado un cambio drástico en nuestra sociedad, que afecta a todo y no precisamente para bien.

Byung-Chul Han es muy pesimista respecto a la revolución digital. Tal y como describe sus consecuencias, es inevitable pensar en *1984*, la inquietante ficción que imaginara George Orwell, en la que al superpoder Gran Hermano nada ni nadie se le escapa: «Lo que hace posible el control total no es el aislamiento espacial y comunicativo, sino el enlace en red y la hipercomunicación» (p. 100).

El enjambre digital sintetiza la crisis de nuestra sociedad occidental desarrollada, al absorber en él los aspectos tratados en los ensayos anteriores: el cansancio, la transparencia y la agonía del Eros. En primer lugar, lo que se contempla en lo digital es ante todo el rendimiento; todo tiempo y todo espacio pueden convertirse en tiempo y espacio de trabajo, gracias a sus medios. Los aparatos digitales están pensados para poder acompañarnos, lo cual favorece el estar permanentemente conectados y dificulta el ocio y el descanso. También, la hiperinformación e hipercomunicación, que son propias del medio digital, dan lugar a la transparencia de una sociedad que se deja controlar, en un vértigo frenético de consumo y vertido. Ante su avalancha, retroceden el pensar, la teoría o la meditación, lentos y enigmáticos. Así es como el lenguaje y la cultura en general tienden a aplanarse hasta

la superficialidad e incluso hasta la vulgaridad. Finalmente, la alteridad de la que vive el Eros se desdibuja en la esfera virtual. Así lo entiende Han, que lo traduce en lúcidas frases como: «A través del *smartphone* no habla el otro» (p. 42), «La comunicación digital es *pobre en mirada*» (p. 44).

LA SOCIEDAD DE LAS FURIAS

En la descripción que el filósofo surcoreano Byung-Chul Han hace de la sociedad occidental desarrollada se aprecia, ante todo, la desmesura que acontece en ella: una actividad que se aleja más y más de la lentitud y del ocio creador; una transparencia descuidada con las sombras del límite y la confianza como valor; un ensimismamiento egoísta, que impide encontrarnos en el mundo y al mundo; un mal uso de los extraordinarios medios de la revolución digital. Esta desmesura, ciertamente acontece, y en tal medida, que nuestra sociedad puede denominarse: «sociedad de las Furias».

Se conocen como «Furias» a cuatro personajes mitológicos, condenados a tormentos interminables por haberse atrevido a desafiar a los dioses: Ticio, condenado a que su hígado sea devorado por un buitre; Tántalo, castigado a no poderse alimentar; Sísifo, que carga sin fin con una enorme piedra; Ixión, atado a una rueda que gira. Byung-Chul Han no cita en sus ensayos a las Furias, pero sí a Prometeo, al que considera «la figura originaria de la sociedad del cansancio» (*La sociedad del cansancio*, p. 9). Aunque Prometeo no pertenece a ellas, su castigo es prácticamente el mismo que el sufrido por Ticio —un águila devora su hígado— y también lo ha ocasionado el desafío a los dioses.

El mito fue, por así decir, la primera «filosofía», la primera «ciencia» que explicó el mundo y de la que los humanos aprendían. De ella surgieron los saberes actuales, por diferentes que sean de aquel inicio, pues a partir de su base, la cultura helénica avanzó hacia el logos con libertad. En los relatos míticos, los griegos percibían, por ejemplo, la condición trágica del hombre. No es de extrañar que, tal y como el excelente libro de Carlos García Gual (*La mitología*) destaca, el mito conociera un renacimiento a partir de los años veinte del pasado siglo. El horror de la Gran Guerra había mostrado que el progreso intelectual y moral no estaba asegurado históricamente, como pretendía el positivismo del siglo XIX: «Bajo la máscara de la civilización latían, como la guerra había revelado con una intensa crudeza, la ferocidad, las angustias y las pasiones del hombre primitivo» (p. 104). Tampoco ha de extrañarnos que, en la actual crisis, ciertos personajes míticos —Prometeo y las Furias— nos salgan al paso como representación de nuestro crítico momento; en su desmesurado proceder y en la magnitud de sus padecimientos podemos reconocernos de alguna manera.

Aunque Han se refiera a Prometeo como «la figura originaria de la sociedad del cansancio», nosotros elegiríamos a Sísifo para representarla. Sísifo fue castigado por Zeus por haber desvelado sus infidelidades. Gracias a su astucia, logra librarse hasta que pasado el tiempo habrá de someterse al castigo: portar hasta la cima de una pendiente una pesada roca que, una y otra vez vuelve a caer, por lo que Sísifo ha

de recomenzar el trabajo, sin tiempo para utilizar de nuevo su astucia y liberarse. No sólo trabaja sin descanso, sino que trabaja para nada: su acción es inútil y su cansancio pura negatividad. En Sísifo se cumplen las palabras de Han: «La pura actividad sólo prolonga lo ya existente» (p. 55). En esto justamente consiste la condena de Sísifo.

Prometeo y Ticio sufren el tormento de que sus hígados sean devorados por un águila y un buitre, respectivamente. Sus entrañas alimentan a las rapaces. Alegóricamente, ambos pueden expresar lo pornográfico de nuestro mundo, ese «mercado en el que se exponen, venden y consumen intimidades», al que se refiere Byung-Chul Han (*La sociedad de la transparencia*, p. 68).

Tántalo, hijo de Zeus y Pluto, será castigado por despedazar a su hijo Pélope y servirlo a los dioses como alimento, con el fin de poner a prueba su omnisciencia. Sólo Démeter comerá; los demás, al reconocer el engaño, le condenarán a procurarse en vano el alimento. Dada la naturaleza de su condena, Tántalo ejemplifica el narcisismo: alimentarse consiste en asimilar lo otro —el alimento— a sí mismo, y no conseguirlo implica no poder pensar en otra cosa. Tántalo simboliza la «mera vida», el ensimismamiento en el que ningún Eros alienta, porque todo se le ofrece como mero objeto de consumo.

Ixión es castigado a girar sin fin en una rueda porque intenta seducir a la esposa de Zeus. El movimiento incesante de Ixión puede compararse a nuestras conexiones digitales, tan difíciles de abandonar o de administrar lúcidamente. Por ejemplo, en su libro *En el enjambre*, Han escribe: «El aparato digital hace móvil el trabajo mismo. Cada uno lleva consigo de aquí para allá el puesto de trabajo como un campamento. Ya no podemos escapar del trabajo» (p. 59).

Lo que hace de nuestra sociedad una «sociedad de las Furias» es la desmesura. Ella convierte el inexorable esfuerzo de la «vida buena» en un sin-vivir o, lo que es lo mismo, en «mera vida». Los excesos de la sociedad de rendimiento nos conducen al colapso: al no-poder-poder del agotamiento y a la depresión. Martin Heidegger ya advirtió y describió el extravío sobre el que escribe detenidamente Byung-Chul Han. También propuso una salida: la «serenidad». En un breve escrito, que fue una alocución pronunciada el 30 de octubre de 1955, escribió: «Cuando se despierte en nosotros la Serenidad para con las cosas y la apertura al misterio, entonces podremos esperar llegar a un camino que conduzca a un nuevo suelo y fundamento» (p. 31).

BIBLIOGRAFÍA

- GARCÍA GUAL, C. (1989): *La mitología*. Barcelona: Montesinos.
 HAN, B.-CH. (2012): *La sociedad del cansancio*. Trad. de A. Saratxaga Arregi.
 —(2013): *La sociedad de la transparencia*. Trad. de R. Gabás.
 —(2014): *La agonía del Eros*. Trad. de R. Gabás.
 —(2014): *En el enjambre*. Trad. de R. Gabás. Barcelona: Herder.
 HEIDEGGER, M. (2002): *Serenidad*. Trad. de I. Zimmermann. Barcelona: Ed. del Serbal.

